

Homilía de D. Ricardo en el Encuentro de Catequistas de la Iglesia en Castilla

Mons. Ricardo Blázquez Pérez
Cardenal-Arzbispo de Valladolid

Y os saludo cordialmente y os doy también la bienvenida a esta celebración. Junto con este saludo, yo quiero también, unido a vuestros obispos, agradecer el servicio precioso insustituible que a través del ministerio de la catequesis venís desarrollando. Dios os pague el que pacientemente vayáis transmitiendo la fe a los que el Señor os va confiando. Es una necesidad primordial en la vida de la Iglesia el servicio de la catequesis.

En la Conferencia de Aparecida (Brasil, 2007) pusieron en estrecha relación la condición de discípulo y la condición de misionero. Si queréis, para nuestra situación, estrecha conexión entre ser discípulo y ser catequista. No podréis, queridos hermanos y queridas hermanas, ser catequistas, misioneros, mensajeros del Evangelio, llevar el rostro del Resucitado a la vida de tantos niños y niñas, de jóvenes que el Señor ponga en vuestro camino si no tenemos comunicación con Dios. Antes de ir a la sesión de la catequesis rezad, recemos, para que sintonice nuestro espíritu con la Palabra que vamos a anunciar.

Ser catequista es también ser testigo y ser testigo es aquella persona que de primera mano, personalmente, puede hablar de que el Señor lo ha elegido, ha venido a su encuentro y lo envía. La catequesis, queridos hermanos, tiene siempre una dosis importantísima de testimonio personal. Por ello, evidentemente, aunque supiera no sé cuánto de la religión cristiana, alguien que no tuviera fe, que no tuviera una cierta experiencia del Señor, no podría ser catequista. No es una cuestión solo de conocimiento, es una cuestión también de vivencia, de unir la propia vida al destino de la Palabra entre nosotros, como la oyeron aquellos discípulos que salieron gozosos de haber sufrido por Jesús. En el cristianismo se da esa paradoja: el sufrimiento por el Señor repercute en forma de gozo en aquel que ha sido testigo, a veces perseguido, a veces torturado, a veces martirizado, y hay siempre un gozo en ir gastando la vida por el Señor. Gastemos la vida por el Señor.

También cuando nos vengán interrogaciones sobre el sentido de nuestras tareas, sobre el sentido del nombre de Dios en medio de nuestro mundo, que podamos ser testigos del Señor. Y esa condición de discípulo que escucha y de catequista, de misionero, de enviado, tiene también una aplicación más amplia. Entre la fe y la oración hay una relación estrechísima e incluso podemos decir de una forma recíproca. Evidentemente, rezamos porque creemos, la oración nace de la fe. Pero también, queridos hermanos, sin la oración, la fe palidece, le falta oxígeno. Sin la oración no podemos hablar vibrantemente de la fe, no podemos hablar de aquello que hemos visto y oído, sino simplemente de aquello que hemos leído en los libros.

Queridos hermanos, yo me alegro mucho de participar esta tarde en esta celebración con todos como culminación de esta Jornada tan importante para todos. Muchas gracias por vuestro servicio pastoral. Que el Señor nos haga a todos mensajeros de su Palabra. Pongamos nuestra vida, arriesguemos nuestra vida en el servicio evangelizador, catequético, misionero, caritativo, de la misericordia, de tantas formas... que podamos ser, con las palabras o con las obras, las obras de misericordia, podamos ser siempre testigos del Señor.

Que santa María Virgen nos enseñe siempre a escuchar, a retener la Palabra de Dios en nuestro corazón, y también igual que ella, en las montañas cantó el *magnificat* al Señor dándole gracias porque había tenido compasión de su sierva. Que nosotros también podamos pasar de la escucha a la alabanza. Que así sea.

9 de abril de 2016